

La Ilustración Artística

AÑO XXVII

← BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1908 →

Núm. 1.382



Mlle. LUCIENNE BRÉVAL, en el segundo acto de la ópera «Carmen,» cuadro de Zuloaga

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Por las tierras poéticas. Mallorca. El valle del azañar*, por Miguel S. Oliver. — *París. La carrera del «Grand Prix» en Longchamp.* — *Londres. Las sufragistas.* — *De Marruecos.* — *Degradación de Ullmo.* — *El puerto de Arrecife de Lanzarote.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *Necrología.* — *El heredero*, novela ilustrada (continuación). — *Londres. Nuevo túnel subfluvial de Rotherhille en el Támesis.* — *Vallvidrera (Barcelona). Mina-Grotl.*

Grabados. — *Mlle. Lucienne Bréval en la ópera «Carmen»*, cuadro de Zuloaga. — *Mallorca. Vista general de Sóller.* — *Tipos sollerenses.* — *Vista de «S'Estret» ó del barranco.* — *Abandonada*, cuadro de Julio Lefebvre. — *París. Vista del recinto del pesaje en el hipódromo de Longchamp.* — *El caballo Northeast, ganador del gran premio.* — *Londres. La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, arregando á las sufragistas.* — *Marruecos. Llegada de las méhallas á Fez.* — *Merienda*, cuadro de José Cusachs. — *Sin pan ni casa*, cuadro de Ana de Carrié. — *Tolón. El alférez de navío Ullmo desfilando ante las tropas después de su degradación.* — *Arrecife de Lanzarote (Canarias). Bendición de la locomotora destinada á las obras del puerto.* — *El marqués de Mos y de la Vega de Armijo.* — *S. A. R. el príncipe de Gales en el acto de abrir la reja de entrada al túnel de Rotherhille en el Támesis.* — *Vista de la entrada á dicho túnel.* — *Vallvidrera (Barcelona). Vistas fotográficas de la Mina-Grotl.* — *Roma. Clausura de las fiestas deportivas celebradas en la quinta Umberto I.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay quien cree que estamos en una época en que el espíritu humano ha roto sus cadenas de superstición y miedo, y vuela libre y atrevido por las regiones de la superioridad intelectual. Hay quien cree que la humanidad de hoy es distinta de la de ayer, y hasta supone que la de mañana ha de andar muy por encima de la que actualmente vemos y conocemos, siendo seguro que nos está preparada una edad de oro venidera, en la cual no habrá tuyo ni mío, sino que cada uno será un manso borrego y un hermano ternísimo para cada otro, y ni nadie tomará lo ajeno, ni nadie rehusará lo propio, ni habrá sino dulzura, paz, cordialidad y buenos proceder, todo ello sin necesidad de coacción alguna, sin jueces, soldados, cárceles ni leyes, en una apoteosis sublime de nuestra especie regenerada.

* *

Viniendo al progreso á que en primer término me he referido, ó sea el de la rotura de las cadenas de la superstición, diré que acaso queden todavía algunos eslaboncillos arrollados alrededor del cuerpo de nuestra sociedad; si; estoy persuadida de que quedan varios eslabones. ¿A qué podrá esto atribuirse? Siendo tan ilustrada la inmensa mayoría de los mortales, como á cada instante demuestran los hechos, ¿no es para admirar eso de que mil supersticiones no sólo se mantengan y persistan, sino que se propaguen y cundan á manera de mancha de aceite?

Empecemos por una de las más arraigadas, la de los trece á la mesa y del día trece en el calendario. Esta preocupación debe de ser atávica, y su origen supongo que se relaciona con la idea de la sagrada Cena, donde entre los Apóstoles y el Señor eran trece bien contados. De aquella Cena no le vino ningún daño á la humanidad, y sin embargo, el número trece contrajo un sentido fatídico: sentarse trece juntos á una misma mesa, fué anuncio de próxima muerte para uno de los comensales—el más viejo.—He contado alguna vez el suceso de la comida que en Ihardy nos ofrecieron varios ilustres escritores al ahora fallecido D. Juan Fastenrath y á mí. Al llegar yo á la sala donde el festín había de celebrarse, encontré á D. Ramón de Campoamor acurrucado en una esquina, muy cariacontecido y gacho de orejas. «¿Qué le pasa á usted, D. Ramón?—¿Que somos trece!—Una desgracia cuando sólo hay comida para doce.—Búrlate, búrlate... ¿Como no tienes mis años!—En fin, ¿se come ó no? Porque son las nueve y no falta apetito...—Lo que es yo, afirmó ya resueltamente el poeta, no quiero jugar un billete á la lotería de la muerte. No me siento.» Y hubo que buscar un número catorce, el conocidísimo librero D. Fernando Fe, que se puso el frac á escape y se vino á resolver el conflicto pavoroso, y á salvar á los *hors d'œuvres*, manteca y rabanitos, sardinillas y gordales, que desaparecían á paso de carga. Y fué lo bueno que, habiendo la prensa de aquella comida, me achacó á mí el miedo al número trece y la intervención del número catorce. Restablecí la verdad y referí la graciosa aprensión del gran poeta, y la primera vez que

volví á verle, se encaró conmigo indignado. «¿Por qué contaste que yo tuve miedo?—Porque decían que era yo la miedosa.—¿Y qué te importaba? El miedo, en las mujeres, es un encanto más.—¿Es un encanto creer en boberías?..» exclamé aturdidamente. Campoamor se rió, porque, á fuer de poeta, si no era mujer, era niño; y después me dijo muchas y muy bonitas cosas respecto á lo subjetivo y lo objetivo en materia de aprensiones. Siento no recordar sus frases una por una.

* *

Lo que recuerdo bien es que, cuando pasé temporadas en París, en el pueblo de la Toma de la Bastilla, del culto á Voltaire y de Zola en el panteón, saliendo un día del *restaurant* donde á veces almorzaba, vi á un señor muy peripuesto, con roseta roja en el ojal, que tenía trazas de esperar, apoyado en una jamba de la puerta. No sé por qué, aquel individuo bien trajeado y condecorado se me figuró un mendicante, y á mis preguntas, el mozo del *restaurant* contestó: «Es el señor catorceno.» (*Monsieur le quatorzième.*) Entonces averigüé que lo que aquí se hace por condescendencia, es en París un oficio, y oficio que sostiene al que lo ejerce. El catorceno, apostado en el *restaurant*, aguarda á que le llamen, y le llaman muy á menudo. Es frecuente el caso de reunirse trece comensales, y seguro que nadie quiere sentarse siendo trece á la mesa. Sube el catorceno, de roseta roja, y se le da un puesto, y come lo mismo que un sabañón, y al retirarse recoge una moneda de plata. *Diversus modus vivendi*, dirá, y con razón, el catorceno.

* *

Quizás he hablado ya en estas crónicas de la persistencia de tales atavismos, y creo que puedo decir de su recrudescimiento; y si vuelve á mi pluma el tema, es porque noto que en España, sobre las supersticiones locales y nacionales, van injertándose otras extranjeras; la superstición, actualmente, se traduce. Antes se decía «mal de ojo»; ahora se dice *jettatura* en todas partes. En la sociedad de Madrid existe una señora cuya presencia se comenta en silencio, extendiendo el índice y el meñique y doblando los otros dos, y frotando aprisa los extendidos sobre madera (precisamente sobre madera). Lleva esta señora en la cara cierto sello de tristeza que acaso se deba á que conoce su mala fama. Por qué «goza» de fama semejante, es lo que ignoro. Es una señora vulgar, idéntica á las demás señoras; ni fea ni guapa; ni elegante ni cursi; un cero á la izquierda. Y trae la *jettatura*: su vista es fatal. Tampoco sé en qué consiste tal fatalidad; qué síntomas la caracterizan. Ello es que, al presentarse dicha señora, las fiestas se aguan.

* *

Más fuerza que cuantos razonamientos pueden hacerse, tiene, en el espíritu humano, un sentimiento y un instinto. Y si á este instinto se añade lo persuasivo de algunas «coincidencias...» entonces conviene decir que la superstición se arraiga hondísimamente en aquella parte de nosotros mismos que resiste, y resistirá mientras haya hombres y estos hombres no sean puras máquinas lógicas, á los dictados de la seca razón.

No recuerdo dónde he leído un cantar americano, incorrectísimo en su forma, que reza así:

Tocoloco canta,
indio muere;
no será cierto,
pero sucede.

Estas cosas que «no son ciertas, pero suceden» confunden el entendimiento y vuelven á colocarnos frente al Misterio, á ese Misterio infinitamente más poderoso que nosotros; de lo Incognoscible, que nos envuelve y penetra como la niebla al cuerpo.

* *

¿Preguntaríais á la razón por qué un tuerto es cosa muy infausta y un jorobado señal de grandes bienes y dichosos acaecimientos? ¿Por qué, si al ver pasar un caballo blanco con manchas negras (preciso es confesar que no abunda este pelaje), repetís tres veces *dinero, dinero, dinero*, el dinero acudirá dócilmente? ¿Por qué, si regaláis un arma, tenéis que recibir una moneda de cobre, para que sea *vendida* y no *dada*, lo cual significaría *muerte*? ¿Por qué, si al saludar á una persona estrechándole la mano, vienen otras dos y hacen lo mismo por encima de vuestras

manos, cruzándose los saludos, es anuncio de que sobrevendrá la ruptura de las amistades? ¿Por qué salir de casa con el pie derecho da buena sombra? ¿Por qué la dan igualmente el trébol de cuatro hojas, el cochinito, los cuernos de coral, el ahorcado? ¿Por qué la raíz de mandrágora es un talismán? ¿Por qué lo es igualmente cierta piedra azul, que se ha vuelto verdosa al macerarla en hiel? Etcétera, etcétera. Se podrían enfilir *porqués* hasta mañana—sin respuesta.

* *

¡La mandrágora! Su solo nombre, ¿no os trae á la imaginación brujerías orientales, conjuros de maga, horrendas escenas de maleficio y una sensación de vago recelo ante las fuerzas oscuras y ocultas de la naturaleza, nuestra madre y burladora?

De todos los talismanes que por ahí están más ó menos de moda, la mandrágora es el único que me parece en efecto talismán (séalo ó no por sus efectos; eso ya es otra cuestión, acerca de la cual yo podría extenderme en consideraciones de orden personal, y por lo mismo, sin valor alguno). Ello es que la mandrágora, aun cuando la he incluido entre los talismanes de moda, no lo es. La moda no lo conoce. Sólo he visto á una persona poseedora de una mandrágora (aparte de las que existen en los Gabinetes de historia natural de algunos conventos, de órdenes que tienen casas y misiones en los países de Oriente, donde la mandrágora se cría). En los jardines botánicos, la mandrágora debe de existir también; pero la mandrágora con hoja; y el verdadero talismán, señores, no olvidarlo, es la mandrágora en raíz, cuando reviste la forma de un cuerpo humano pequeñito, de un *homúnculo* color de madera, que de noche se queja, llora y exhala gemidos del otro mundo...

Ese es el caso, ¡oh espíritus enamorados de lo quimérico! La raíz de mandrágora bien formada es una persona: está viva: su vida no es la grosera vida de la fisiología vulgar, sino otra mucho más sutil, escondida y rara, suficiente para que no se pueda herir á la mandrágora sin que sufra, para que arrancarla una pierna, digámoslo así, sea una mutilación, y contemplarla sin los paños que la cubren una especie de impudor, y desabrigarla de esos paños matarla de frío, y dejarla sola un abandono. En cambio de tantas precauciones y cuidados como requiere, la mandrágora ejerce una acción protectora sobre su poseedor, que me río yo de los demás amuletos, fétiches y *gri-gris*. Si vais en automóvil y os lleváis la mandrágora bien protegida en su caja, ni se romperá un neumático, ni *derapará* el artilugio, ni os sucederá, en resumen, nada malo; si vais en tren, no descarrilará; si echáis á la lotería, os tocará; si estáis enamorado, la mandrágora impedirá que os traicionen... Entre el puñal ó el revólver que os aceche y vuestro pecho, estará la mandrágora interpuesta para desviar el arma homicida; la mandrágora os ganará el pleito, la mandrágora os abrirá la puerta, la mandrágora os encontrará el objeto perdido, la mandrágora os reconciliará con el enemigo poderoso, os restituirá la suma ya olvidada, os cerrará el cajón que es peligroso dejar abierto, os restañará la sangre, os dirigirá el pie... ¡Qué no hará la mandrágora! Como que en ella está depositada toda la infusa ciencia del rey Salomón, todos los secretos del Oriente cabalístico, todas las fuerzas ignotas y benéficas que circulan alrededor nuestro y que no sabemos aprovechar ni dirigir para contrastar otras fuerzas dañinas que nos traen la mala pata...

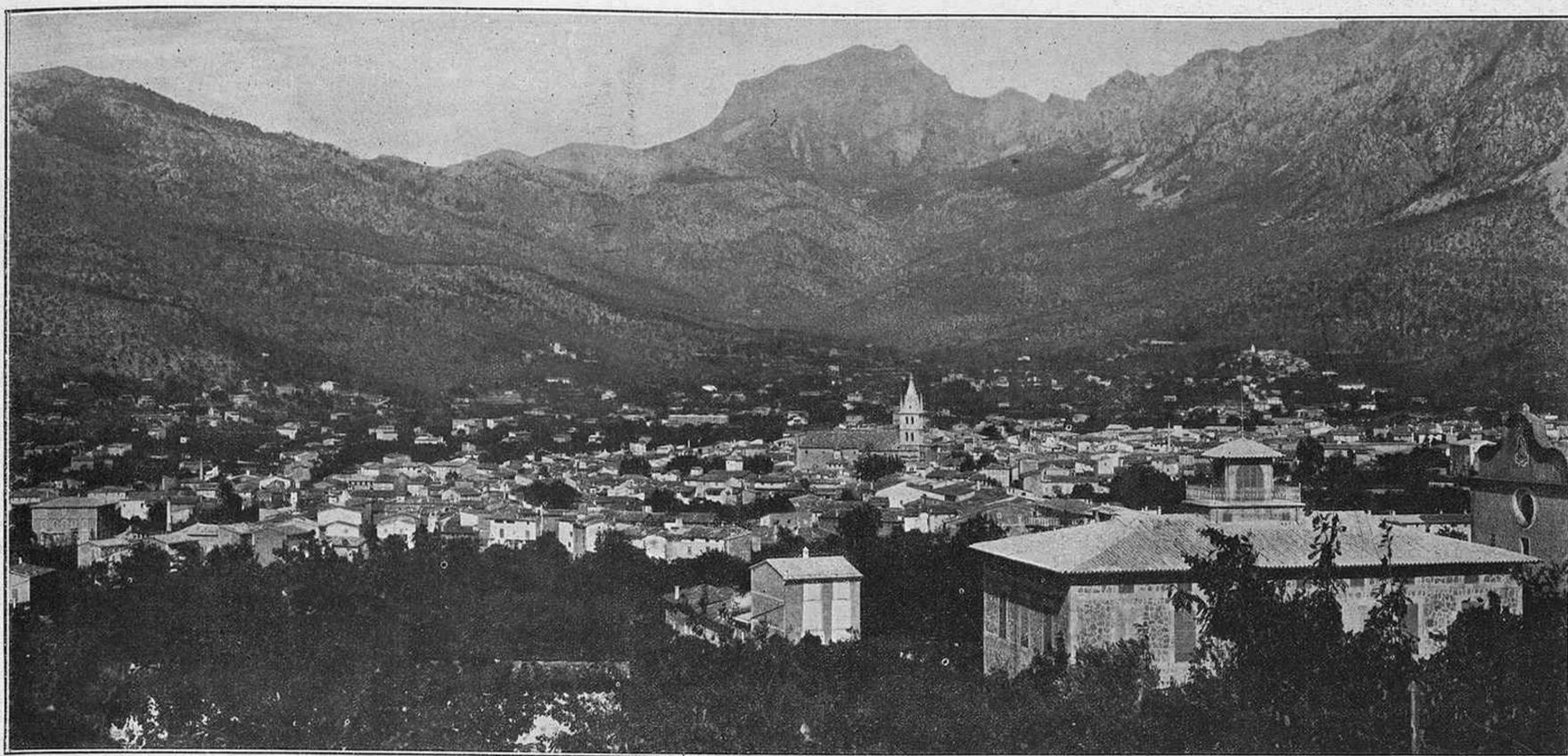
* *

Sí: ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo: no creáis en el cerdito, ni en las trece uvas, ni en el caballo pio; creed en la mandrágora, reina de los talismanes.

Id á arrancarla en una noche de luna, á las doce en punto, en desierto páramo. Que á vuestro alrededor zumbe tristemente el aire, se estremezcan las hojas del bosque que acabáis de cruzar, y los duendes os oigan, deseosos de impedir la profanación. Tirad fuertemente de las hojas: la raíz se quejará, y acaso sus extremidades destilen ese jugo negrozco que sirve de sangre á la pobre mandrágora, temblorosa de frío y de dolor sobre la tierra. Llévad prevenido el pequeño sudario de lino fino, guarnecido de encaje, para envolver á ese recién nacido, que es un muerto. Y cuando cobijéis á la mandrágora sobre vuestro corazón miedoso, sentiréis que se dilata de valor y de alegría... El talismán ejerce su poder.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

— POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.) —



Mallorca.— Vista general de Sóller

II

EL VALLE DEL AZAHAR

¡Sóller! En este nombre perdura la vaga resonancia etimológica de un suspiro oriental. *Suljar*, «valle de oro,» le llamaron los árabes de la isla. ¿Y quién olvidará una excursión á Sóller, hecha en tiempo propicio, allá á últimos de Abril? Rueda el coche apresuradamente por la carretera despejada, entre huertas y campos de trigo, sombreados por el almendro; entre olivares casi milenarios. A los diez ó doce kilómetros, un pequeño alto: es la hostería de *Can Penasso*, en el arranque de la sierra de Alfabia. Un pequeño anticipo de vergeles perfumados, de frutales en flor, de ruiseñores que parecen estallar de melodía en la sombra húmeda de las hiedras y laureles, sobre acequias y aguas despeñadas.

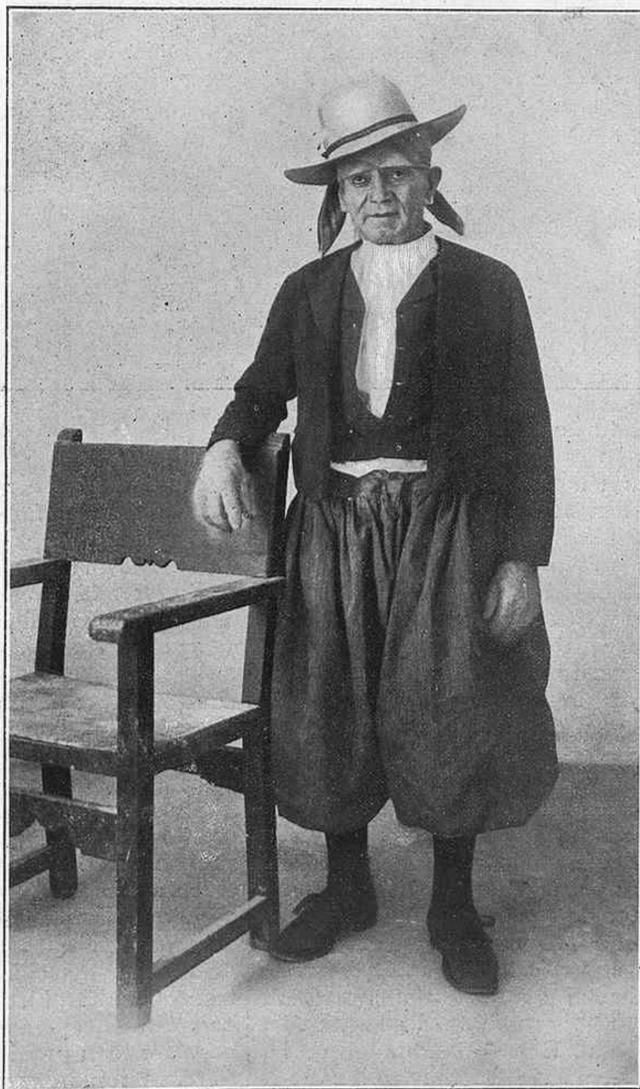
Después de un ligero descanso, continúa el viaje. Hay que atacar la sierra por el *Coll* ascendiendo en ziszás de veinticinco ó treinta vueltas, amplias y desiguales, de una carretera magnífica, para descender luego hasta lo más hondo del valle que las grandes masas de los montes nos ocultan. Mientras el coche sube lentamente, nos acercamos á los colosales peñascos, de azul de plomo, con penachos de verde intenso, con manchones rojizos. La llanura parece que se hunde poco á poco, á nuestros pies, desde Alfabia á la ciudad con su bahía, en un segmento grandioso de muchas leguas. Es una sucesión continua de tonos, de vegetaciones, de arboledas, de velos de oro, de nieblas luminosas, de lejanías encendidas.

Advertimos un grato descenso de la temperatura. La carretera corre ya por la meseta del *Coll*; al otro lado aparece un extremo del valle de Sóller.

Entonces de una manera súbita, ascendiendo de las entrañas de ese valle, una onda de violento perfume, una poderosísima ráfaga de azahar, nos toma, nos envuelve, nos hace suyos y nos anega en un es-

tapéis las rendijas. Os perseguirá en la calle, en el campo, en la iglesia, en el dormitorio; filtrará por los tabiques. Y por la acción inefablemente sugestiva de los aromas, os sentiréis transportados á un ambiente de ilusión y de juventud acaso desde largo tiempo desconocidas para vosotros.

Si queréis saber de dónde procede aquel encanto



Mallorca.—Tipos sollerenses

pasmo lírico inefable. Desde aquel instante el embriagador perfume os tendrá prisioneros hasta que salgáis de la agradable villa. En vano será que cerréis puertas y ventanas, que corráis los cerrojos, que

de vuestros sentidos, es preciso recorrer las calles, asomarse á las márgenes del torrente que atraviesa la población, mirar hacia lo hondo de los jardines ó escudriñar los patios de las casas sólidas, pulcras y

frescas, denotando bienestar y contento de la vida. Hay que intrincarse en la red de senderos, de arroyos, de barrancas, de alquerías, de molinos, de acequias, de huertos, de vergeles, de tapias, que hacen de aquel valle una cosa única y en apariencia artificial y compuesta. Como horizonte de cada calle, como perspectiva de cada camino, enfrente de toda ventana ó abertura, aparece siempre la decoración de montaña, el anfiteatro de montañas, coronadas de nubes y brumas, en cuyo fondo sonríe la villa. Las laderas están cubiertas de olivos. En la hondonada domina y florece el naranjo.

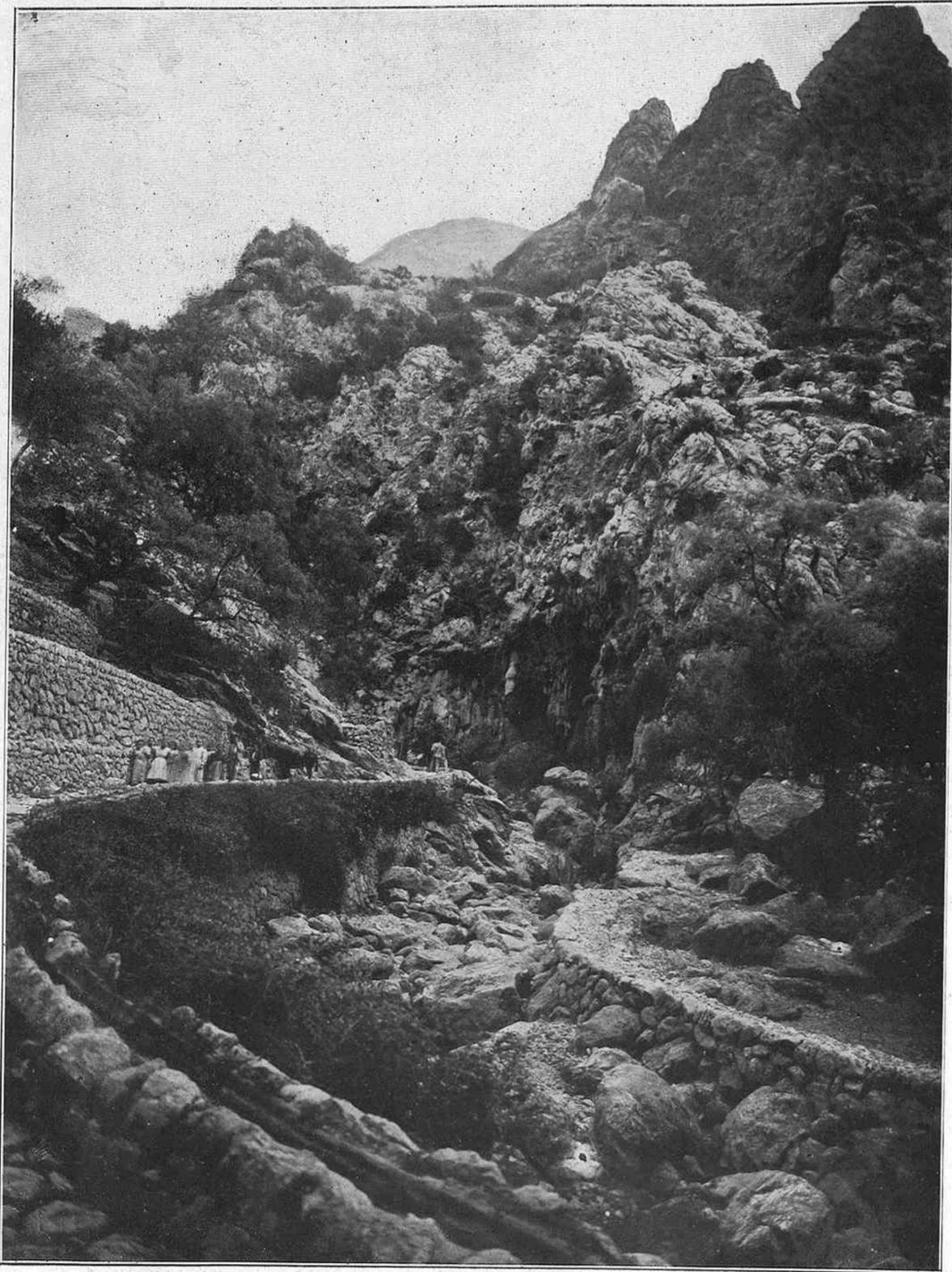
Oro, nieve y esmeralda se combinan en la preciosa arboleda: flores, frutos y hojas que desprenden de sí una insólita fragancia y una coloración intensa y rica. Los rosales, los jazmines, las vides trepadoras alternan á veces con el lujo y bizarría de los naranjales, defendidos de sus enfermedades y plagas por la tenacidad de los sollerenses, que los conservan con un esmero que tiene mucho más de encanto y honrilla que de sordidez económica. ¡Los sollerenses! Raza original y vigorosa que ha hecho de la emigración el secreto de su prosperidad por haber sabido encauzarla, dándole base y orientación firme, y por haber conseguido sostenerla con *esprit de suite*. Esa emigración habitual toma dos direcciones: una mediterránea y otra atlántica. La mediterránea invade el Mediodía de Francia por Marsella ó Nimes y llega hasta Burdeos, Lyon y París. No puede reducirse á cuento el número de familias sollerenses establecidas en esas y otras muchas poblaciones de la vecina república, dedicadas principalmente al comercio de frutas en todas sus formas, desde la carretilla ambulante hasta la tienda lujosa, chorreando oro y luz, en pleno *boulevard*. La base y muchas veces el pretexto de tales fruterías es la naranja del valle natal y su prestigio entre histórico y poético. Hace años que, en *Lis Isle d'Or*, les comunicó su gracia de homérica el insigne Mistral:

*Lou bastimen ven de Majorca
emé d'oranges un cargamén...*

No sé qué hay de provenzal en el espíritu y la vida de Sóller, acentuado por la especial pronunciación del mallorquín, que tiende allí, de una manera insensible, á la desinencia en *o* de los femeninos, y por las importaciones del pintoresco patués de los puertos mediterráneos de Francia: cierta alegría, cierta intrepidez, cierta bizarría de ánimo, cierta agilidad de imaginación, siempre pronta á la réplica y á la imagen. Los sollerenses conocen también, muy mucho, la derrota de las Antillas y empiezan á conocer la de México. En la isla de Puerto Rico han mantenido y mantienen todavía una notoria preponderancia. Durante mucho tiempo poblaciones y comarcas, como Lares, estuvieron en poder de nuestros emigrantes, y hubo períodos en que el Ayuntamiento y la Diputación estaban formados principalmente por mallorquines de Sóller. Esto basta para indicar el arraigo de aquel núcleo inmigratorio, al cual es ya comparable el que se forma en algunas poblaciones de México, como Tabasco. Tiene buen cuidado el sollerense de no emigrar á la buena de Dios, sin rumbo fijo. El que sale de la isla sabe adónde va: cuenta de antemano con parientes que le precedieron

y que en América ó en Francia le reciben y guían. Dirígese á menudo á reemplazarlos; y, de esta suerte, se escalonan familias y generaciones, que muy raramente se desarraigan del valle natal. Todos sus aho-

amigos y contendientes en las «glosadas» de *picat* (ó dígame tenzones y pugilatos satíricos en los cuales todo se fia al ingenio repentista de la improvisación, alimentada por el jarro de vino) son nombres familia-



Sóller (Mallorca).—Vista de «S'Estret» ó del barranco

ros, todas las fortunas amasadas allá lejos, se acumulan en la simpática villa de origen, nutriendo bancos, empresas é iniciativas importantes y muy desproporcionadas á la corta extensión de la comarca. Así han logrado establecer una línea marítima de vapor con Barcelona y Cette, y están ahora construyendo á toda prisa, sin subvención ni ayuda alguna del Estado, un ferrocarril entre Palma y Sóller, atravesando toda la sierra de Alfabia por medio de túneles, cuyo coste y longitud hubieran descorazonado á otros menos emprendedores y patriotas.

Todo ese exotismo y aire de extranjería que penetra en el «valle del azahar» con el retorno de los emigrantes y con la renovación ó continuo relevo de sus avanzadas en el Mediodía de Francia y en el Nuevo Mundo, no ha conseguido borrar lo pintoresco y lleno de carácter de aquella hondonada. Unas mecedoras de mimbre más ó menos, unas cuantas niñeras mulatitas ó unos quepis de «liceístas» franceses en vacaciones, no hacen sino añadir una nota de gárrula animación y abigarramiento á su antiguo y muy intenso color local. El traje campesino de las mujeres de la villa, alterna con el sombrero mustio de sus primas de Marsella ó de Tolosa que se encuentran allí de temporada. Todavía se acuerda Sóller de haber sido la patria de los más famosos *glosadors*, ó versificadores populares y casi siempre analfabetos, que perdura en Mallorca como último resabio y degeneración del aedo antiguo ó de la juglaría medieval. Los nombres de *Tumbó* y *Pau Cerol*, dos grandes

Así logró expresarlo Pons y Gallarza en un momento de feliz efusión lírica, y el mismo hechizo perdura en la memoria del peregrino, como perdura en sus ropas la transpiración del azahar que lo envolvió durante unas horas ó unos días. Nueva sorpresa le está reservada si abandona el valle tomando la carretera de Deyá y Valldemossa. Ascende y asciende las anchas curvas y, en un momento, después de una brusca revuelta del camino, aparece á mano derecha la espléndidez de un mar azul, de una inmensa turquesa líquida, con una perspectiva interminable de calas, promontorios y cabos que avanzan unos sobre otros así como proas de acorazados fantásticos, en términos distintos, con interposiciones de nieblas y velos sutiles, con gradaciones de tonos admirables, suntuarios, de aristocrática preciosidad: ágata, ópalo, ónice, madreperla. Deyá aparece, como verdadero tipo de lo que antes se llamó un pueblo pintoresco. De un género pintoresco llevado á la exageración: correr de aguas, puentecillos rústicos, casas sobre una peña, fuentes ocultas, hiedras abrazadas á los bancales, decoración de ópera sentimental á lo *Dinorah* ó *Sonámbula*, con esquilas de corderillos y vegetaciones frescas y retocadas para las necesidades de la *villeggiatura*; y todo ello flamante, vivo, lozanísimo, como telas en días de barnizado. El acicalamiento llega á parecer inverosímil, y entonces no puede dejar de asaltarnos la duda de si toda aquella prolijidad de episodios es obra espontánea ó arreglo y preparación de la compañía Cook.

En ninguna comarca de la isla se ha comprendido como en Sóller el alcance del turismo, de la «industria del forastero.» Los excursionistas se encuentran allí como en su casa, y ni siquiera producen expectación, ni curiosidad enojosa, ni corrillos de muchachos, los trajes más chillones del automovilismo, del deportista y del *globe-trotter*. Todo ello ha entrado en las costumbres y se ha hecho habitual y cotidiano. La ascensión al Puigmajor (la más alta montaña de la isla) y la excursión á Lluç por el famoso *barranco* constituyen dos números obligados en el programa del viajero. Mas, aparte de tales atractivos, tiene la villa, por sí misma, un encanto silencioso que llega á penetrar el alma:

*Pel cor qu'amor somnia
l' hora d'avuy s'escola,
la de demá s' atança
y la d'ahí no torna...
somnia sota 'l fullatje
dels taronjers de Sóller. ;*

Así logró expresarlo

Pons y Gallarza en un momento de feliz efusión lírica, y el mismo hechizo perdura en la memoria del peregrino, como perdura en sus ropas la transpiración del azahar que lo envolvió durante unas horas ó unos días. Nueva sorpresa le está reservada si abandona el valle tomando la carretera de Deyá y Valldemossa. Ascende y asciende las anchas curvas y, en un momento, después de una brusca revuelta del camino, aparece á mano derecha la espléndidez de un mar azul, de una inmensa turquesa líquida, con una perspectiva interminable de calas, promontorios y cabos que avanzan unos sobre otros así como proas de acorazados fantásticos, en términos distintos, con interposiciones de nieblas y velos sutiles, con gradaciones de tonos admirables, suntuarios, de aristocrática preciosidad: ágata, ópalo, ónice, madreperla. Deyá aparece, como verdadero tipo de lo que antes se llamó un pueblo pintoresco. De un género pintoresco llevado á la exageración: correr de aguas, puentecillos rústicos, casas sobre una peña, fuentes ocultas, hiedras abrazadas á los bancales, decoración de ópera sentimental á lo *Dinorah* ó *Sonámbula*, con esquilas de corderillos y vegetaciones frescas y retocadas para las necesidades de la *villeggiatura*; y todo ello flamante, vivo, lozanísimo, como telas en días de barnizado. El acicalamiento llega á parecer inverosímil, y entonces no puede dejar de asaltarnos la duda de si toda aquella prolijidad de episodios es obra espontánea ó arreglo y preparación de la compañía Cook.

MIGUEL S. OLIVER.



ABANDONADA, cuadro de Julio Lefebvre

(Reproducción autorizada.)



París.—Vista del recinto del pesaje en el hipódromo de Longchamp

PARÍS

LA CARRERA DEL «GRAN PRIX» EN LONGCHAMP

La carrera del *Gran prix* se verificó el día 14 en el hipódromo de Longchamp, con animación extraordinaria, á pesar de lo lluvioso del tiempo. El interés despertado por la carrera era mucho mayor este año, con motivo de haberse aumentado los premios de 200.000 á 300.000 francos.

Poco antes de comenzar la carrera, se presentó en el hipódromo M. Fallières, acompañado de su esposa, en un coche á la Daumont, ocupando la tribuna presidencial, junto con los presidentes del Senado y de la Cámara, los miembros del gobierno y muchos individuos del cuerpo diplomático. En dicha tribuna tomaron sitio además la princesa de Radolin, la marquesa del Muni, Mme. de Nelidow, lady F. Bertie, las cuales, así como Mme. Fallières, lucían elegantísimos vestidos. Entre los trajes lujosísimos que vestía el elemento femenino predominaba el estilo Directorio.

Diez y ocho caballos tomaron parte en la carrera: *Valda, Faunillane, Amande, Sauge Pourprée, Médah, Grill Rom, Jean de Nivelles, Holbein, Weber II, Northeast, Sea Sick, Quintette, Signorinetta, Sir Archibald, Mountain Apple, Lieutel, Souvigny, Sinai*. El triunfo correspondió al caballo *Northeast*, del millonario Vanderbilt, que montaba el jockey J. Childs. *Sauge Pourprée* fué el segundo en llegar á la meta, y el tercero *Souvigny*.

El triunfo del millonario norteamericano fué acogido con demostraciones de simpatía.

El importe de las apuestas cruzadas ascendió á 2.500.000 francos.

LONDRES.—LAS SUFRAGISTAS

Cerca de diez mil mujeres, entre las que figuraban representantes de sociedades políticas y profesiones femeniles y estudiantes de las Universidades inglesas y gran número de allegadas de casi todas las naciones, celebraron el día 13 de los corrientes, en Londres, una imponente manifestación en favor del derecho de sufragio femenino. Las manifestantes enarbolaban estandartes

entrada de Muley Hafid en Fez, el día 7, á las once de la mañana. Sesenta hombres, al frente de los cuales marchaban los caides, escoltaban al pretendiente,

quien, antes de entrar en el Dar-el-Majzen (residencia imperial), fué á orar un rato á la mezquita. El primer acto de Muley Hafid, después de la ceremonia de la coronación, ha sido el nombramiento de gobernador de los Reales Palacios á favor de Abd el-Sada, significado partidario de Abd-el-Aziz. Varias mehallas se han declarado por los hafidistas, quienes han ocupado, sin mucha resistencia, algunas ciudades. Muley Hafid, á quien han proclamado últimamente las tribus de Anghera y Arzila, y, por iniciativa de Er Raisuli, la región de Fharbia, ha escrito una carta á las legaciones pidiendo que regresen á Fez los europeos y cónsules.



El caballo «Northeast» ganador del gran premio
(De fotografías de M. Branger.)



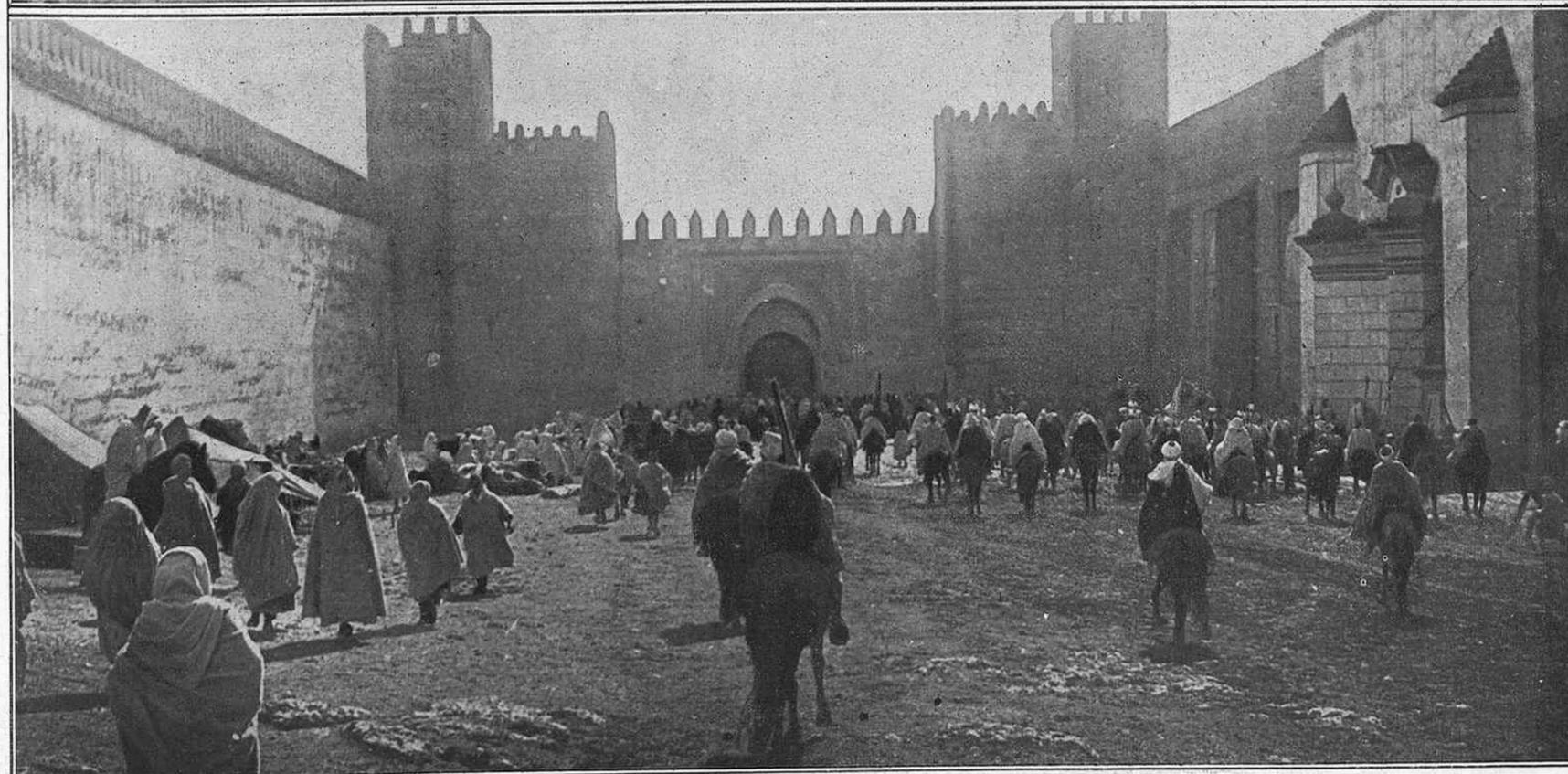
Londres.—La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, en el momento de arengar á las sufragistas reunidas en Trafalgar Square el día 13 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

con inscripciones alusivas. A la cabeza de la comitiva figuraba lady Balfour, hermana del duque de Argyll, que es hermano político del rey Eduardo. También figuraban algunas bandas de música. En Albert Hall y en Trafalgar Square hubo sus correspondientes discursos en pro del sufragio femenino, y la multitud no escaseó las ovaciones á las sufragistas. Notábase también en la manifestación la presencia de conocidas doctoras. El grabado representa el momento en que la doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, pronuncia un discurso en Trafalgar Square. La sufragista que está detrás de la oradora es la condesa Mackienwicz, secretaria.

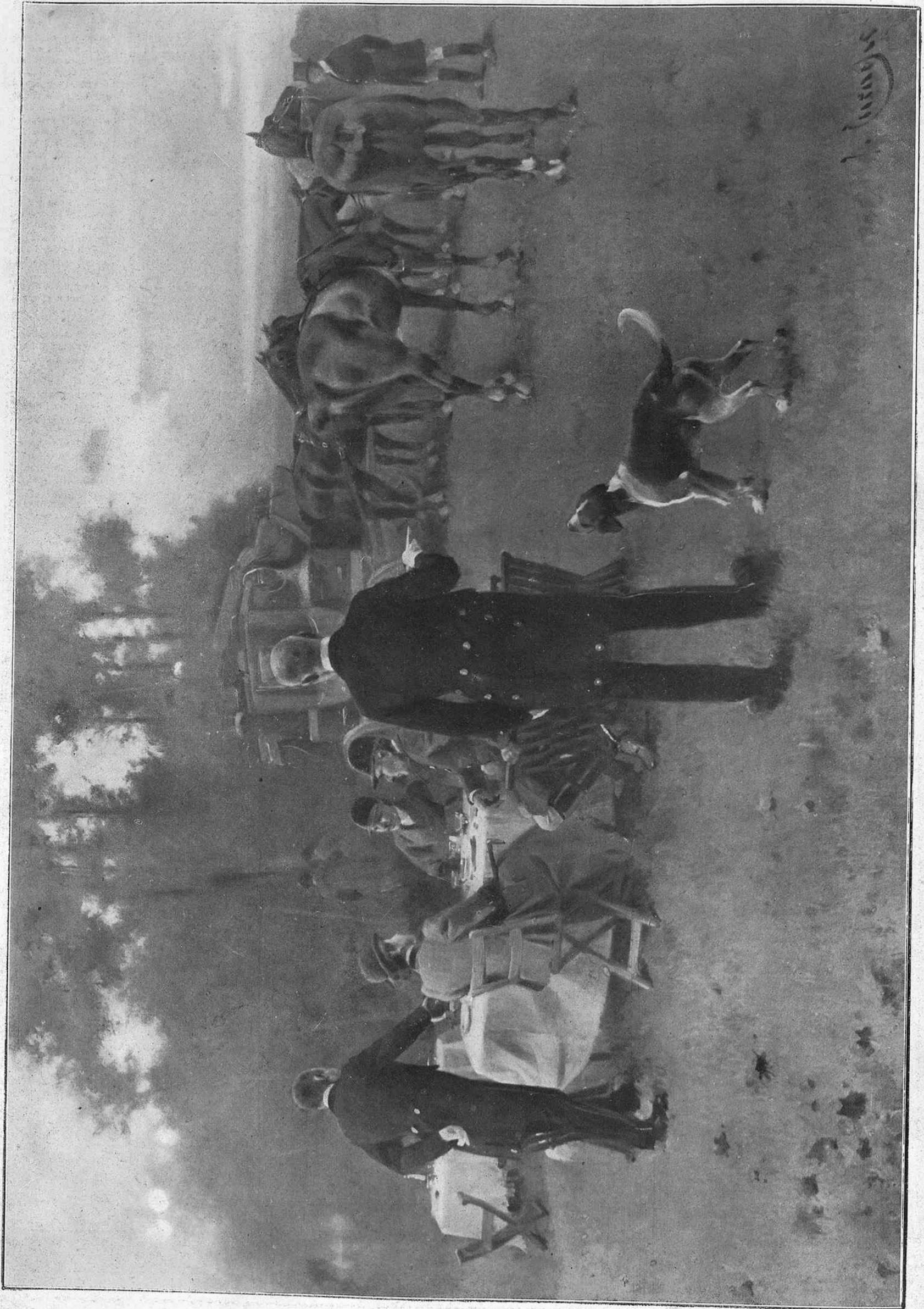
DE MARRUECOS

Después de la pacificación definitiva de la región de los Chauías por el general D'Amade, la nota más saliente ha sido la

MARRUECOS.—LLEGADA DE LAS MEHALLAS A FEZ



1, Muralla y torre de la puerta de Bab-es-Segma; 2, Puerta de Bab-el-Mahruk; 3, Puerta de entrada al Dar-el-majzen
(De fotografías de M. Rol y C.^a)



MERIENDA. cuadro de José Cusachs



SIN PAN NI CASA, cuadro de Ana de Carriz

DEGRADACIÓN DE ULLMO

La sentencia del Consejo de guerra celebrado en Tolón en febrero último, condenando al alférez de navío francés Ullmo á las penas de degradación y deportación perpetua en una fortaleza, se cumplió, en cuanto á la primera, el día 12 de los corrientes, ante una multitud enorme situada en la plaza de San Roque y que se estrujaba junto á los muros de la cárcel marítima. Al aparecer Ullmo oyéronse silbidos y rumores: el condenado estaba abatido y con la mirada fija. El escribano del Consejo de guerra marítimo leyó al reo la sentencia, y á pesar de que éste permaneció impasible durante la lectura, experimentó una violenta sacudida cuando el comandante Dutheil de La Rochère adelantóse hacia él y pronunció, mirándole cara á cara, las frases reglamentarias: «En nombre del pueblo francés, vos, Carlos Benjamin Ullmo, sois indigno de llevar las armas, y en nombre de la ley os degradamos.» Acto seguido, un cabo se acercó á él, le quitó la gorra de uniforme y le arrancó bruscamente los galones; después hizo lo propio con los botones y los galones de la levita, que arrojó al suelo; despojóle de las charreteras, y desabrochándole el cinturón desvainó la espada que de él pendía y rompióla contra su rodilla. Mientras se procedía á su degradación, Ullmo lloraba mucho, impresionando especialmente á los reclutas.

Después de arrojarle á los pies, rota, su espada, desfiló ante sus compañeros, siendo conducido á la cárcel civil, vestido de paisano, entre las manifestaciones hostiles de la muchedumbre.

Dentro de breves días, el ex alférez Ullmo será conducido á la isla del Diablo, lugar de deportación que se le ha señalado para hacer efectiva la segunda parte de la sentencia dictada por el Consejo de guerra.

Como nos ocupamos ya extensamente este mismo año, en el número 1.366 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, del ruidoso proceso en que ha sido protagonista el alférez Ullmo, no hemos de añadir una palabra más á lo que allí dijimos, esperando únicamente que el castigo será eficaz en uno de sus aspectos principalísimos, ó sea en el de evitar que se reproduzcan *chantages* tan antipatrióticos como el de referencia.

EL PUERTO DE ARRECIFE DE LANZAROTE

(CANARIAS.)

La sociedad constructora del puerto de Arrecife de Lanzarote, con el deseo de imprimir mayor actividad á las obras del mismo, ha adquirido una locomotora, la cual fué bendecida

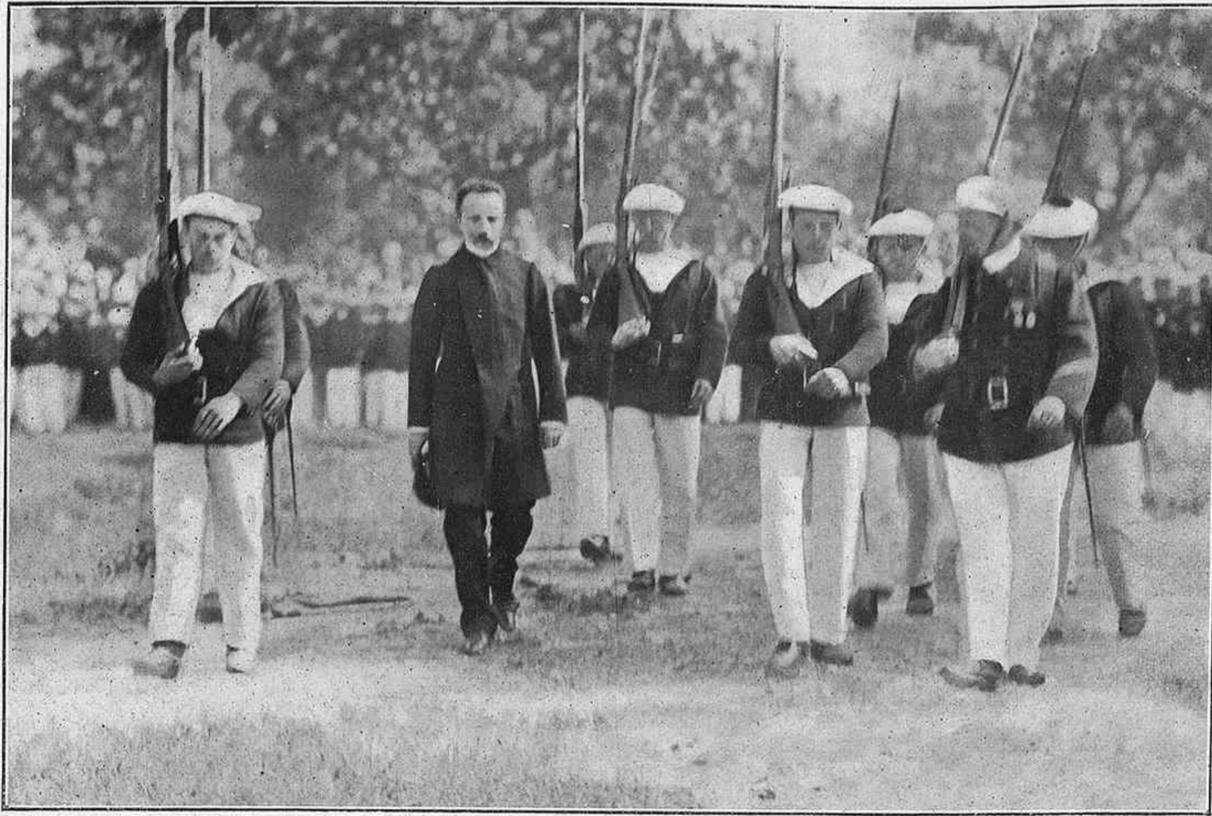


Arrecife de Lanzarote (Canarias)
Bendición de la locomotora destinada á las obras del puerto

solemnemente en los primeros días del presente junio. Asistieron á la ceremonia de la bendición todas las autoridades, y de este acto, así como de la locomotora, da idea el adjunto grabado, copia de una fotografía que ha tenido la amabilidad de enviarnos el Sr. D. Emilio Cabrera, miembro de la aludida junta constructora.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Mlle. Lucienne Breval en el segundo acto de la ópera «Carmen», cuadro de Ignacio Zuloaga. — La factura de este bello



Tolón.—El alférez de navío Ullmo desfilando ante las tropas después de su degradación
(De fotografía de M. Branger.)

retrato es, como la de otros cuadros que de este eximio pintor hemos reproducido, vigorosa y elegante, y no es extraño que desde el primer momento llame la atención de los inteligentes que acuden al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, en donde está expuesto. Como recientemente, en el n.º 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos ocupamos ya con la extensión debida de este retrato y de sus compañeros de gloria, *El enano Gregorio el Botero* y *Las brujas de San Millán*, allí remitimos á nuestros lectores, reiterando al ilustre artista español el homenaje de nuestra admiración legítima y sincera.

Abandonada, cuadro de Julio Lefebvre. — Ni el asunto ni el modo de tratarlo son nuevos; pero el artista francés ha sabido imprimir á su protagonista una expresión tal de sentimiento y de resignación, al mismo tiempo, por su desgracia, que no puede uno menos de sentirse hondamente conmovido ante su cuadro, muy justamente admirado por los inteligentes en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde se exhibe.

Merienda, cuadro de José Cusachs. — Otra ocasión nos ofrece el pintor Sr. Cusachs para que dediquemos algunos renglones aplaudiendo su competencia en la representación de una esce-

de la merecida consideración, hemos de referirnos á cuanto hemos consignado repetidas veces en esta Revista.

Sin pan ni casa, cuadro de Ana de Carrié. — ¡Cuántas veces hemos sido espectadores de escenas semejantes! Dios, que envía á las avecillas su alimento, ¡cuántas veces parece dejar sin él, y aun sin hogar, á seres para Él más queridos que aquéllas y con los cuales no sólo quiso compartir el pan, sino también las lágrimas y los sabores de esta vida! Afortunadamente, en sus inexcrutables designios, llega hora en que la resignación halla su recompensa, y esa madre y esos niños que están contemplando con envidia cómo la gallina y sus polluelos devoran ávidos las migajas que les han arrojado, tendrán á la vez quien les envidie cuando, sonando para ellos la voz: «¡Dejad que vengan á mí los niños!» encuentren una alma caritativa que les provea del alimento y del asilo de que están necesitados. Ana de Carrié, así en la composición como en la ejecución del cuadro que acabamos de describir, demuestra ser artista que á un sentimiento y delicadeza exquisitos reúne cualidades pictóricas envidiables.

Necrología. — Han fallecido:

Lord Derby, presidente de la actual Exposición Franco-Británica en Londres.

Mr. Gaston Boissier, secretario perpetuo de la Academia francesa.

Jef Lambeaux, célebre escultor belga.



El marqués de Mos y de la Vega de Armijo,
† en Madrid el día 13 del actual

El día 13 de los corrientes, á los ochenta y cuatro años de edad, ha fallecido en la corte el Excmo. Sr. D. Antonio Aguilar y Correa, marqués de Mos y de la Vega de Armijo, conde de la Bobadilla y vizconde de Pegullal, grande de España, que había nacido en Madrid el día 30 de junio de 1824. Muy joven, á los treinta, se dió ya á conocer como político, militando al lado del general O'Donnell en el partido llamado Unión liberal. Como gobernador civil de Madrid, primer puesto oficial que desempeñó, realizó una enérgica campaña contra el juego y creó el cuerpo especial de higiene. Dejó este cargo para desempeñar la cartera de Fomento y después la de Gobernación. Cuando la Unión liberal fué arrojada del poder después de los acontecimientos de julio del 66, trabajó por el triunfo de la revolución, y conseguida ésta, tomó parte en la manifestación que en sentido monárquico hicieron varios personajes políticos. En 1873 fué nombrado embajador de España en la República francesa. Después de la Restauración reconoció la monarquía de D. Alfonso, figurando en el grupo llamado de los centralistas, que, andando el tiempo, se unieron á los constitucionales, con los cuales ocupó el poder, desempeñando la cartera de Estado. Intimo amigo del Sr. Sagasta, fué en el partido liberal uno de los personajes de más valiosísima influencia. Reciente está todavía su gestión como presidente de las últimas Cortes liberales y como último jefe de gobierno de aquella situación.

El marqués de la Vega de Armijo presidía las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Además del Toisón de Oro, el marqués de la Vega de Armijo poseía las principales condecoraciones de Portugal, Austria, Prusia, Italia, Rusia, Dinamarca, Brasil, Bélgica, Baviera, Noruega, China y Siberia.

¡Descanse en paz el ilustre político!

na de *sport*, cual lo es el bonito lienzo que reproducimos en estas páginas, adquirido por un inteligente aficionado de esta ciudad. Si el autor del cuadro no hubiese demostrado tan cumplidamente sus especiales condiciones para el cultivo de este género de pintura, preciso sería emitir apreciaciones; mas como son sus obras ventajosamente conocidas y el artista goza

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra.

—No lo estamos, dijo Mauricio indignado, en tanto que la culpable Zoe guardaba un prudente silencio. ¡Qué atrocamente desconfiada es usted, Irene! Vaya y cuénteles á las cañas sus secretos, si quiere. No nos pondremos á escuchar.

—Veo que, según ustedes piensan, no tengo derecho á oponerme á que ustedes elaboren imaginarios proyectos de reformas para Ematia; no me opondré á ello mientras no pasen de tal categoría. En eso estriba todo.

Mauricio se quedó mirándola con fijeza.

—¡Cuánto se lo agradecemos!, dijo. Irene, me temo que va usted á enfadarse otra vez conmigo; pero ¿no cree usted que á causa de lo mucho que ha sufrido, se le ha resentido un poco la cabeza? Si es así, díganoslo y ya sabremos lo que hemos de hacer. La trataremos, de muy buena voluntad, como á una reina destronada.

—Vamos, usted quiere chancearse, dijo Irene sonriéndose. No, mis queridos hermanos; continúen ustedes tratándome como á su igual. Los acontecimientos nos separarán el día de mañana, pero nunca ol-

vidaré lo que han sido ustedes para mí en las actuales circunstancias.

—¡Santo Dios!, murmuró Mauricio.

Y echando la cabeza atrás, sobre los brazos, comenzó á silbar bajito mirando á las estrellas, mientras Zoe se estremecía de pies á cabeza en un espasmo de callada risa; Irene seguía sentada contemplando el fuego, sumida en dulce melancolía.

La tarde siguiente volvió Mauricio sonriéndose de su tertulia con los bandidos.

—Pues bien, dijo, mis aficiones poco dignas y plebeyas me han proporcionado una noticia muy interesante para ustedes. Wylie anda por aquí cerca.

—¡Ah! Mauricio, ¿qué quieres decir con eso?, exclamó Zoe.

—Pues parece que Demo y otros tres bajaron hoy en busca de víveres. En la aldea, que no sé cuál sería, les dijeron que un viajero inglés, con un criado y mucho equipaje, había pasado allí la noche anterior y se había internado en las montañas sin querer llevar guía. Nuestros hombres decidieron no perder semejante oportunidad, y habiendo averiguado la

dirección que el viajero había tomado, fueron, por atajos, á salirle al camino, y le prepararon una bien dispuesta emboscada. Creyeron que ó debía estar loco ó que lo hacía por alguna apuesta hecha después de haberse sabido lo que nos había pasado; pero, de todos modos, el equipaje no era de despreciar. Yo creo que debía ser algún periodista. Pues bien: pusieron en acecho, y muy pronto vieron venir al viajero y á su criado. El equipaje parecía todo él tan nuevo y lujoso, que la boca se les hizo agua; pero afortunadamente para ellos no se precipitaron. «Se acercaron—refería Demo—y conocí al criado. Era el capitán. Vestía traje de Nizam; pero supe quién era por los malditos ojos, que no pudo disfrazar. Comprendimos que nos tendían un lazo y los dejamos pasar.»

—¿Pero qué lazo era ese?, preguntó Irene.

—Pues ó bien Wylie y el otro iban mucho mejor armados de lo que aparentaban y tenían intención de atrapar á uno ó dos de los bandoleros y obligarles á que enseñaran las madrigueras de la partida, ó querían dejarse apresarse teniendo espías que los si-

guieran y vieran adónde los llevaban. Sin embargo, no veo qué objeto tuviera Wylie al disfrazarse. Había de saber que lo conocerían en cuanto lo cogieran y que, en ese caso, lo matarían. Sea como fuere, según parece, ha reconocido el terreno infestado por los bandoleros sin que nadie le haya molestado.

—Me alegraría que no hubiera hecho semejante cosa, dijo intranquila Zoe.

—Sí, dijo Irene, debía tener presente que nuestro rescate y libertad de él dependen. No tiene derecho a exponer su vida haciendo locas bravatas.

—Yo creo que podemos estar seguros de que Wylie trae en la cabeza algún plan ingenioso, dijo Mauricio. No veo bien claro cuál pueda ser, pero de fijo él quería que lo volvieran á apresar.

—Pues este cautiverio nada tiene de apetecible, dijo Zoe.

Al siguiente día mismo se vió, cuando menos se esperaba, cuál era el plan de Wylie. Los prisioneros se habían encaramado á lo que llamaban su atalaya vespertina, un saliente de la roca donde daban los rayos del sol poniente; estaban contemplando el laberinto de montes y valles que tenían á sus pies, y hablaban, por la novecientos noventa y nueve vez, de las probabilidades que había de ser libertados. De pronto, uno de los bandidos que estaba de centinela á la vuelta de un recodo que tenían á su izquierda y desde donde se dominaba una gran extensión de terreno hacia el Este, se acercó corriendo y llamando á voces á sus compañeros. En seguida notóse gran efervescencia entre los que estaban descansando en la hondonada. Unos apagaron con tierra las hogueras, á cuyo objeto tenían siempre preparado un montón de ella; los demás empuñaron las armas y escalando la altura se lanzaron sobre los prisioneros, que creyeron morir en el acto. No atreviéndose ni á moverse, cedieron sin resistencia al empuje de los bandidos, que los apartaron del borde cuanto pudieron, á fin de que vieran lo menos posible lo que pasaba en lo bajo; quitáronles á las jóvenes los pañuelos que llevaban en la cabeza, pues blanqueaban mucho sobre el fondo obscuro de la montaña y les ordenaron, si en algo apreciaban la vida, que no hicieran ni ruido ni movimiento alguno. Muy pronto vieron, muy lejos y muy abajo, la causa de la alarma: una columna de soldados rumíes, conducida por un oficial á caballo. A su frente iba, á pie, un paisano que, al marchar, miraba el suelo con cuidado.

—¡El capitán Wylie! ¡Sigue nuestra pista!, murmuró Zoe casi imperceptiblemente.

Milosch se volvió hacia ella con una sonrisa diabólica.

—Ofrézcales velas á los santos para que no continúe siguiéndola. Si halla el camino por donde se sube aquí, por el lecho mismo del arroyo bajarán la pendiente, para salirle al encuentro, de este modo.

Y levantándole un poco la barba, trazó alrededor de su garganta una raya con la punta del cuchillo. Reculó ella, horrorizada y casi desvanecida. Milosch se echó á reír.

—Principiaremos por usted, ya lo sabe, dijo.

XI

RESULTADOS DE UN CELO EXAGERADO

—No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra.

Milosch volvió á sonreírse.

—Detrás irá usted, dijo. Los dejaremos á todos muertos en el campamento, ¡oh!, sí, para que los perros rumíes vean cómo lo han sido. Todavía han de tardar tres ó cuatro horas en hallar el camino hasta aquí, que les van á parecer á ustedes tres ó cuatro días. Y á esa otra muchacha, y miró con ojos investigadores á Irene, que estaba temblando á pesar de todos sus esfuerzos por aparecer serena, á esa no la mataremos, no. También se quedará en el campamento, pero viva, para que les cuente lo que ha visto.

La emoción era demasiado grande. Irene abrió un poco la boca y se desmayó. Milosch lanzó una carcajada.

—No se haga usted ilusiones, añadió, serio el semblante, dirigiéndose á Mauricio, que estaba furioso. Podrá ser que su amigo logre dar con nosotros, sí, pero ustedes nos compensarán con su sangre del rescate que trata de escamotearnos.

Mauricio volvió la cara y con toda la impasibilidad que pudo dijo á su hermana:

—No vayas tú también á desmayarte, Zoe. Eso lo dice para asustarnos. No te preocupes por Irene. No creo que le haga daño el quedarse por ahora como está; no ha de proporcionarle placer lo que ese dice.

Zoe, que había procurado acercarse á Irene, cesó en sus tentativas y volvió los ojos hacia los que se veían moviéndose allá abajo, en el fondo del valle. Aquel era, sin duda, el momento crítico, pues los bandidos observaban sus movimientos con extrema atención. Por último, cuando Wylie hubo pasado de determinado sitio, un murmullo de satisfacción vino á demostrar que, en opinión de la partida, el momento de inminente peligro había pasado.

—Ha sido el arroyo lo que le ha hecho perder la pista, murmuró Mauricio. Mucho ha de andar tratando de volver á encontrarla, antes de que se percate del sitio en que nos desviamos del camino.

—¿Pero cómo habrá podido llegar hasta ahí?, preguntó Zoe, á quien habían dejado suelta y que sostenía sobre las rodillas la cabeza de Irene, que poco á poco iba volviendo en sí.

—Por las huellas de nuestras botas, por de contado, dijo Mauricio. Nadie más las usa en estas montañas y no ha llovido desde que aquí nos han subido. Ya le diré yo á Wylie, cuando le vuelva á ver, el concepto que me merece. No tiene derecho á sacrificarnos por satisfacer su inquina contra los bandidos. Tiene ese defecto, es un bicho rencoroso, y le escuece la mala pasada que le jugaron el otro día, cuando fingieron que lo iban á matar.

—¡Mauricio, no digas necedades!, exclamó Zoe, que estaba muy ocupada atendiendo á Irene y hablaba á intervalos. Alguna razón especial habrá tenido para ello. Estoy segura. Podrá ser que les tenga inquina á los bandidos, como dices, pero él hubiera esperado á que estuviéramos en salvo para desquitarse.

—Entonces, ¿por qué ha hecho lo que ha hecho?, preguntó Mauricio.

Zoe no supo qué contestar. Irene se sonrió ligeramente y dijo:

—Zoe le diría, al exhalar el último suspiro: «Sé que no ha sido culpa suya,» y Mauricio: «Oye, bárbaro, todo esto es por tu causa.»

—Y usted, ¿qué diría?, preguntó Zoe algo amotazada.

—Ya usted sabe que para mí no debía llegar la última hora, dijo Irene que, temblorosa, se puso con trabajo en pie apoyándose en la mano de Mauricio; pero yo le diré cuando nos encontremos: «Ya ve usted, amigo, los resultados de un celo exagerado.»

—Eso sería echarle un jarro de agua hirviendo, dijo Mauricio conduciéndola á lo largo de la cornisa que formaba la montaña. Ahora volveré por ti, Zoe, aguardame. No es extraño que usted se encuentre mal después de haber oído lo que dijo ese tunante.

El campamento les pareció un puerto de salvación después de lo que habían pasado durante la última media hora, y las jóvenes, dando gracias á Dios, se dejaron caer en su lecho de paja. Mauricio se sentó en una piedra á la puerta y trató de distraerlas con su conversación, pero sin obtener gran éxito. Stoyan logró lo que Mauricio no había podido, pues se presentó repentinamente diciendo algo en su propio idioma y arrojó al suelo un par de polainas y otro de abarcas, á los que señaló luego con el índice.

—Manda que me las ponga y le dé mis botas, dijo Mauricio á las jóvenes con voz lastimera. De esto tiene la culpa Wylie, me figuro. El jefe me dice también que esta noche no se duerme, gracias á nuestro amigo.

—Me parece que debemos ir haciendo el equipaje, dijo Zoe cuando Stoyan se hubo ido llevándose las botas.

—Me admira lo bien que discurre, Zoe, exclamó Irene, que no estaba dispuesta á moverse. ¿Por qué no descansas, como yo, todo lo más que se pueda?

—Porque sabe que no le haría á usted ninguna gracia encontrarse sin abrigos ni otras cosas en la próxima parada, dijo Mauricio. Vamos, levántese usted. Podrá usted acostarse en la paja todo el tiempo que nos dejen, pero tenemos que liar las mantas.

Éstas, envolviendo los pocos efectos que les quedaban, fueron la carga de Mauricio; las jóvenes llevaban los capotes arrollados, según Wylie las había enseñado, de manera que les dejaran los brazos libres. Pero cuando les ordenaron que se prepararan para partir, una hora antes de ponerse el sol, los bandidos les hicieron desdoblar los capotes y poner selos, echándose los capuchones á la cabeza á fin de que, á cierta distancia, no pudieran ser conocidas. Algo les sorprendió el que echaran á andar siendo aún de día, pero muy pronto comprendieron el porqué. Tenían que bajar la rápida pendiente que formaba el lecho del torrente por donde habían subido hasta la cañada, y ni los mismos bandidos querían exponerse á tener que hacerlo á oscuras. Habíase mandado por delante espías que siguieran á Wylie y á la fuerza rumí, á fin de cerciorarse de que no retrocedían: por ellos supieron que la tropa se había

alojado en un pueblo cercano para pasar la noche; por lo tanto, se podía sin riesgo emprender la marcha. Bajar el cauce del torrente era bastante peor que subirlo, como lo demostraron los frecuentes resbalones, caídas y chapuzones que sufrieron; así es que llegaron abajo las jóvenes enteramente molidas y mojadas. Sólo las permitieron un momento de descanso para exprimir las faldas, que chorreaban agua; en seguida, á la luz del crepúsculo, echaron á andar á buen paso los bandidos, siguiendo el mismo camino que había tomado Wylie. Conocían ellos aquellos pedregosos senderos y sabían cómo poner el pie en los sitios llanos; pero los prisioneros, que no estaban habituados á andar con abarcas, cada paso que daban era á la ventura, sin saber si les saldría bien ó si se torcerían un pie. Hasta cuando, de tarde en tarde, llegaban á un trecho de camino relativamente blando, no les permitían los bandidos que lo aprovecharan, sino que buscaban cuidadosamente por todos lados hasta encontrar la manera de dar un rodeo por las piedras, á fin de que no quedaran huellas de haber pasado gente por allí después de los soldados. La obscuridad sobrevino y los prisioneros continuaron su camino, tropezando trabajosamente, rodeados de sus guardas, que nunca les alargaban la mano para sostenerlos, sino que los insultaban atrocemente cada vez que resbalaban.

Dejando á un lado la negra honrilla, no tuvieron las jóvenes más remedio, por último, que agarrarse á las mangas de los bandidos que llevaban á cada lado; otra cosa no les era permitido por temor á verse sin los brazos libres en caso de presentarse un repentino peligro; hasta la misma Irene se abstuvo de formular protesta alguna. Después de un tiempo que les pareció ser de muchas y fatigosas horas de estar andando, los bandidos, de pronto, hicieron alto y se agruparon en torno á los prisioneros; dos de ellos, sin hacer ruido, desaparecieron en las tinieblas.

—Vamos á pasar por el centro del pueblo, dijo Mauricio en voz baja. Esos dos han ido á acallar los perros.

—Y si ustedes meten ruido les acallaremos también, murmuró Milosch desenvainando una larga daga.

Algún tiempo se pasó antes de que regresaran los dos hombres manifestando que no ocurría novedad.

La tropa estaba cómodamente alojada en casas y establos, los espías habían reconocido los lugares donde estaban encendidos los fuegos del vivac y colocado los centinelas, y venían seguros de poder llevar á los demás, evitando pasar por ellos, hasta el otro lado del pueblo. Wylie y el oficial rumí estaban en casa del vecino principal. Stoyan, en voz baja, pero enérgica, manifestó cuán conveniente sería llegar sin hacer ruido hasta donde estaban los dos y acabar con ellos. Pero como esto era imposible si los prisioneros habían de quedar bien custodiados, reprimió sus sanguinarios instintos. Los exploradores condujeron la partida por entre chozas y cobertizos, á veces andando á gatas, para cruzar un espacio débilmente iluminado por la hoguera de algún vivac y á veces deteniéndose tras de una cerca para dejar paso á un centinela.

Todos los bandidos llevaban la daga desenvainada, dispuestos á herir en cuanto los prisioneros hicieran el más leve ademán de querer producir alguna alarma; esa precaución fué suficiente. En el pueblo hubieran podido hallar calor, albergue, seguridad y amigos; pero con el corazón oprimido tuvieron los jóvenes que pasar por él y seguir su camino en aquella noche oscura y fría. Estaban ya para entonces tan fatigadas, que los que iban más próximos á ellas tuvieron que envainar las dagas y cogerlas por los brazos para ayudarlas á seguir adelante; para acabar de llenar la copa del infortunio, comenzó á caer una lluvia fría y que calaba hasta los huesos, la que también acabó de poner de malhumor á los bandoleros; empujando y dando tirones sin consideración alguna, hacían seguir adelante á las ateridas prisioneras, murmurando al mismo tiempo invectivas á cada paso.

—Mauricio, díles que no podemos ir más aprisa, exclamó por último Zoe. Vamos á su paso por estos horrosos caminos, pero no podemos hacer más.

—No es eso lo que les enfurece, contestó Mauricio, que venía detrás. Nos insultan porque por nuestra causa han tenido que abandonar su campamento, tan cómodo y abrigado, para venir andando por estas montañas, á oscuras y mojándose. Dicen que, después de tanto como nos han agasajado tratándonos como distinguidos huéspedes, les estamos pagando con negra ingratitud.

—Cualquiera creería que hemos sido nosotros los que hemos querido venir, dijo Zoe.

—Bueno, hasta cierto punto, nuestra es la culpa, dijo Mauricio. Si no existiéramos en el mundo ni

hubiéramos venido acá, no estarían ahora ellos hu-
yendo de Wylie.

Volvió á reinar el silencio; las maldiciones, dichas
entre dientes, era lo único que se oía, además del
ruido de las pisadas en los charcos y el caer de la
lluvia.

Las jóvenes casi no se daban cuenta de nada por
el cansancio y falta de sueño; seguían dado tumbos
como si soñaran despiertas. Debía ser cerca de la
madrugada, aunque en el negro y vacío firmamento
no hubiera aún indicio de ello, cuando los bandidos
volvieron á hacer alto al abrigo de un grupo de ár-
boles achaparrados que más bien parecían arbustos;
los exploradores se adelantaron para cumplir su mi-
sión. Contra lo que se creía, regresaron muy pronto;
los informes que traían produjeron una explosión de
horribles juramentos.

—Hay soldados apostados en el camino algo más
adelante, les comunicó en voz baja Mauricio á las
jóvenes. Wylie no sabe lo que ha hecho; en buena
nos ha metido. A pesar de todas sus precauciones,
nos ha colocado entre dos fuegos.

Por de pronto, parecía que Wylie iba á ser causa
de la muerte de sus amigos, pues los bandidos esta-
ban sumamente furiosos.

—Matemos á esos perros europeos, matémoslos
para vernos libres de ellos, murmuraban. Nos han
traído á este mal paso. Matémoslos y dejemos sus
cadáveres aquí, en el camino, para que sus amigos
los vean.

Una vez más salieron á relucir las dagas y se sa-
caron de sus fundas los revólveres.

—¿Por qué no reza usted? ¿Es usted atea?, pregun-
tó Irene á Zoe, interrumpiendo una larga letanía de
santos cuyo auxilio imploraba ésta con voz apenas
perceptible.

—No, yo también estoy rezando, dijo Zoe, que se
hallaba, con bastante extrañeza suya, del todo resig-
nada.

Le parecía la muerte un reposo apetecible después
de una noche tan terrible. Pero lo que Mauricio ha-
bía dicho, en un momento de angustia, con referen-
cia á Wylie, la acongojó. Nunca llegaría él á perdo-
narse lo que había hecho si algún día llegaba á sa-
berlo. Si uno siquiera de ellos pudiera escapar, ya no
sería tan grande su dolor. Incorporóse haciendo un
esfuerzo y cogió del brazo á Mauricio.

—Hermano mío, tú podrías escaparte, aun quan-
do nos mataran á las dos. Puedes correr, el traje no
te lo estorba. Armaremos el mayor alboroto que se
pueda para darte tiempo á llegar donde están los
soldados.

—No seas ave de mal agüero, dijo bruscamente
Mauricio. ¿Le parece eso posible? Te pregunto, ¿lo
crees posible?

—¡Es tan grande lo que representas! Nosotras
nada significamos.

—¿Qué es lo que representa Mauricio?, preguntó
Irene con viva curiosidad.

Zoe en parte cayó en la cuenta de su imprudencia.

—¡Ah! Pues bien: es el último, sabe usted, de su
apellido, dijo.

—¿El último del apellido Smith?, preguntó ino-
centemente Irene.

—No, es decir, es el último Smith de nuestra ra-
ma, pudo al fin decir Zoe.

Y se echó á reír á grandes carcajadas, hasta que
Mauricio la sacudió con fuerza preguntándole si que-
ría hacerles creer á los bandidos que el miedo la
había vuelto loca. Parecía que la suerte de los pri-
sioneros había quedado ya decidida, pues Milosch,
de quien menos podía esperarse, les defendió. No
fué por blandura de corazón, sino que representando
como representaba el comité tracio, que dirigía los
movimientos de los bandoleros, les pintó, con vivos
colores, la cólera y contrariedad que iban á experi-
mentar aquellos augustos señores al enterarse de que
los prisioneros, cuyo rescate tanto iba á engrosar sus
recursos, habían desaparecido.

—Debe haber otro camino para subir á la monta-
ña, dijo; de modo que podemos dejar este y no ten-
er que acercarnos á esos perros rumies.

—Lo hay, dijo Zeco; pero es tal, que habrá que
subir por él agarrándose con pies y manos y hasta
con los dientes. ¿Cómo van á poder efectuarlo las
mujeres?

—Las mujeres harán lo que se les mande hacer,
dijo Milosch con su diabólica sonrisa.

—De ese modo todo queda arreglado, dijo Zoe
cuando Mauricio le hubo traducido dichas palabras.
Si nuestras vidas dependen de que subamos allá arri-
ba, ó tan siquiera de que sigamos andando, en ese
caso tendrán que matarnos. Mira, Mauricio, tenemos
las abarcas hechas pedazos, los pies me sangran y lo
mismo le pasa á Irene. No podemos dar ni un paso
más, así puedes decirselo.

No hubo necesidad de que Mauricio hablara, por-
que uno de los bandidos vino á dar parte, lleno de
indignación, de que los pies de Zoe habían ido de
jando por el camino un reguero de sangre que la
lluvia no había hecho desaparecer por completo.

Viéronse todos en el caso de confesar que las jó-
venes, efectivamente, no podían seguir adelante. Otra
vez se trató de cortar el nudo rápida y eficazmente y
otra vez Milosch se interpuso como un *deus ex ma-
china* diciendo:

—¿Dices que esos cerdos rumies tienen dos cen-
tinelas apostados en el camino y que los otros se
han refugiado en una cabaña arruinada que hay más
abajo? Pues bien: podéis tener la seguridad de que,
en cuanto sea de día, los centinelas se irán á reunir
con sus compañeros, pues ¿qué hombre en su sano
juicio va á estarse aguantando la lluvia pudiendo
meterse bajo techado? Ellos no van á creer que tra-
temos de pasar de día, y si los santos nos conceden
que se queden dormidos después de haber comido,
podremos cruzar sin que nos vean. Si quieren impe-
dirnoslo, pondremos á los prisioneros de pantalla
para guarcernos de sus balas, y así nosotros podre-
mos escapar con vida.

—Muy bien dicho, exclamó el jefe, que veía peli-
grar la buena parte que le correspondía del rescate.
Haremos por lo menos cuanto esté en nuestras ma-
nos para que ese dinero no se pierda. Por ahora,
quedémonos aquí.

Esta determinación no tenía nada de halagüeña,
pues el agua seguía cayendo de las empapadas ra-
mas al encharcado suelo, mojándolo todo. Mauricio
tomó á su cargo sacar el mejor partido posible de la
situación. Recogió algunas ramas caídas por el suelo
y las reunió en el sitio más seco que encontró y pi-
dió á Zeco que le diera un fósforo. Echáronse á reír
los bandidos de semejante petición.

—Si quieren ustedes matar á las señoras, lo mejor
será hacerlo en seguida, dijo prontamente, como en
contestación á su risa, y no dejarlas que perezcan de
hambre y frío. Nadie podría, con la niebla que hace,
distinguir el humo, aun dado caso de que hubiera
quien mirase.

A no haber sido porque aquella petición era con-
forme á los deseos de los bandidos, probablemente
la hubieran negado; pero en la frialdad y malestar
que sentían, la idea de hacer una buena hoguera ha-
lló favorable acogida, y ellos mismos se dedicaron á
recoger más leña y trabajaron con ahinco hasta que
hicieron arder las ramas húmedas. No pasó de ser
aquel un fuego que daba mucho humo y poca ale-
gría, pero comunicó algún calor á los ateridos cuer-
pos de las jóvenes; Mauricio puso á tostar en él los
remojados pedazos de pan negro y de mohoso queso
que les habían tirado y logró que los probaran. Du-
rante la comida habían estado los bandidos confe-
renciando entre ellos. Stoyan llamó á Mauricio apar-
te y le habló de una manera razonable y casi frater-
nal; mucha gracia le hizo á éste la desaprensión con
que el otro afirmaba que tenían los dos intereses co-
munes.

—Usted ve con toda claridad, le dijo, que aquí no
podemos quedarnos. Cueste lo que cueste hemos de
pasar por entre la tropa que tenemos al frente. Por
consideración á sus hermanas nos hemos abstenido
de subirlas á rastras por las rocas; así, pues, usted
debe obligarlas á que anden un poco más. Que se
envuelvan bien los pies con trapos para que no de-
jen huellas, y una vez que hayamos salido de estos
despeñaderos, ya les proporcionaremos caballos. Nos
dirigimos á un escondrijo seguro, donde hallarán
descanso, comodidades y mujeres que las sirvan. Sin
duda usted comprenderá que les conviene más hacer
ese pequeño esfuerzo, que no exponerse á que las
dejemos muertas en el camino.

—Vaya si lo comprendo, respondió Mauricio des-
pués de pensar un momento.

Parecía evidente que, por el momento, sus inte-
reses coincidían con los de los bandidos, pues toda
tentativa para llegar hasta donde estaban los solda-
dos, ó para retrasar la marcha, sería castigada con
una muerte inmediata. Volvióse adonde estaban las
jóvenes y les explicó la situación; en el acto comen-
zaron trabajosamente á envolverse los pies con quan-
to hallaron á mano, poniendo encima de todo las
rotas abarcas. Muy pronto volvió á reunirse á sus
compañeros uno de los exploradores, manifestando
que los centinelas rumies se habían reunido con sus
camaradas en la casita desmantelada, dejando así
franco el camino que iba por arriba.

La marcha se reanudó en el acto; las jóvenes, tam-
baleándose, siguieron como mejor pudieron una á
cada lado de Mauricio, que sólo podía poner un
brazo á su disposición. Los bandidos todos habían
preparado las carabinas y examinado los cartuchos,
y marchaban en una especie de orden abierto, lle-

vando exploradores á vanguardia. De pronto se de-
tuvieron, abriendo la boca involuntariamente de
asombro. A su frente, subiendo la cuesta desde la
derruida choza, toparon con los soldados rumies,
cuya sorpresa fué tan visible como la suya propia;
difícil hubiera sido decir quiénes fueron los que me-
nos esperaban encontrarse con los otros; pero los
bandidos iban preparados para el caso, mientras que
los soldados no. Llevaban colgados los fusiles para
subir con mayor comodidad y marchaban disemina-
dos por toda la ladera. A una enérgica voz del jefe
de los bandidos, vieron que les apuntaban las bocas
de veinte carabinas; dando un alarido de horror, vol-
vieron las espaldas y huyeron. La mitad de la parti-
da les persiguió, la otra se quedó para custodiar á los
prisioneros, disparando los fusiles y dando gritos de
júbilo.

La persecución no fué larga; el pito de Stoyan
llamó muy pronto á su gente, y dejando uno atrás
para que averiguara si el ruido de la escaramuza ha-
bía llegado hasta la fuerza que estaba con Wylie,
siguieron los demás adelante á cierta distancia, hasta
que llegaron á un lugar donde dos sendas se junta-
ban. Uno de ellos se adelantó por la de más abajo,
que partía á la izquierda, mientras el resto se disper-
saba por entre las rocas á fin de no ser vistos desde
el camino.

Milosch, acercándose á los prisioneros, dijo á
Zoe:

—Dé al Voivoda un retazo.

Sorprendió tanto á Zoe aquella extraña petición,
que se quedó mirándole perpleja; entonces él le se-
ñaló con el dedo el vestido. El jubón y falda de fra-
nela primorosamente rayada que en un tiempo fué
su orgullo, estaban ya en bastante mal estado; la
falda sobre todo, que había quedado reducida á una
longitud adecuada para trepar montañas.

—Dele usted, Irene, un pedazo de su vestido. ¿No
podría usted dárselo?, dijo. A usted le queda más
tela que á mí de qué disponer.

—¡Oh, no! Lo quiere del de usted, dijo Irene con
viveza. Se figuran que el capitán Wylie la ha de co-
nocer.

Zoe la miró con fijeza, molestanda por la falta de
tacto que sus palabras revelaban; de mala gana
arrancó una tira que colgaba de la falda, entre dos
de los remiendos pardos que la había pegado.

Observando luego al jefe con curiosidad, vió que
la partió en dos, que con mucha habilidad enredó
una en un espinoso matorral que había á alguna dis-
tancia, subiendo por el sendero ascendiente de la
derecha, y que luego continuó subiendo, evidente-
mente con intención de hacer lo mismo con la otra
algo más adelante. Bien claro estaba cuál era el ob-
jeto de semejante maniobra; los prisioneros no su-
pieron si sentir el engaño de que iba á ser víctima
Wylie, ó alegrarse de que de ese modo alejaran el
peligro de su presencia. Al cabo de algún tiempo, el
bandolero que había bajado la cuesta volvió á apa-
recer trayendo un caballo viejo, muy flaco y casi
ciego.

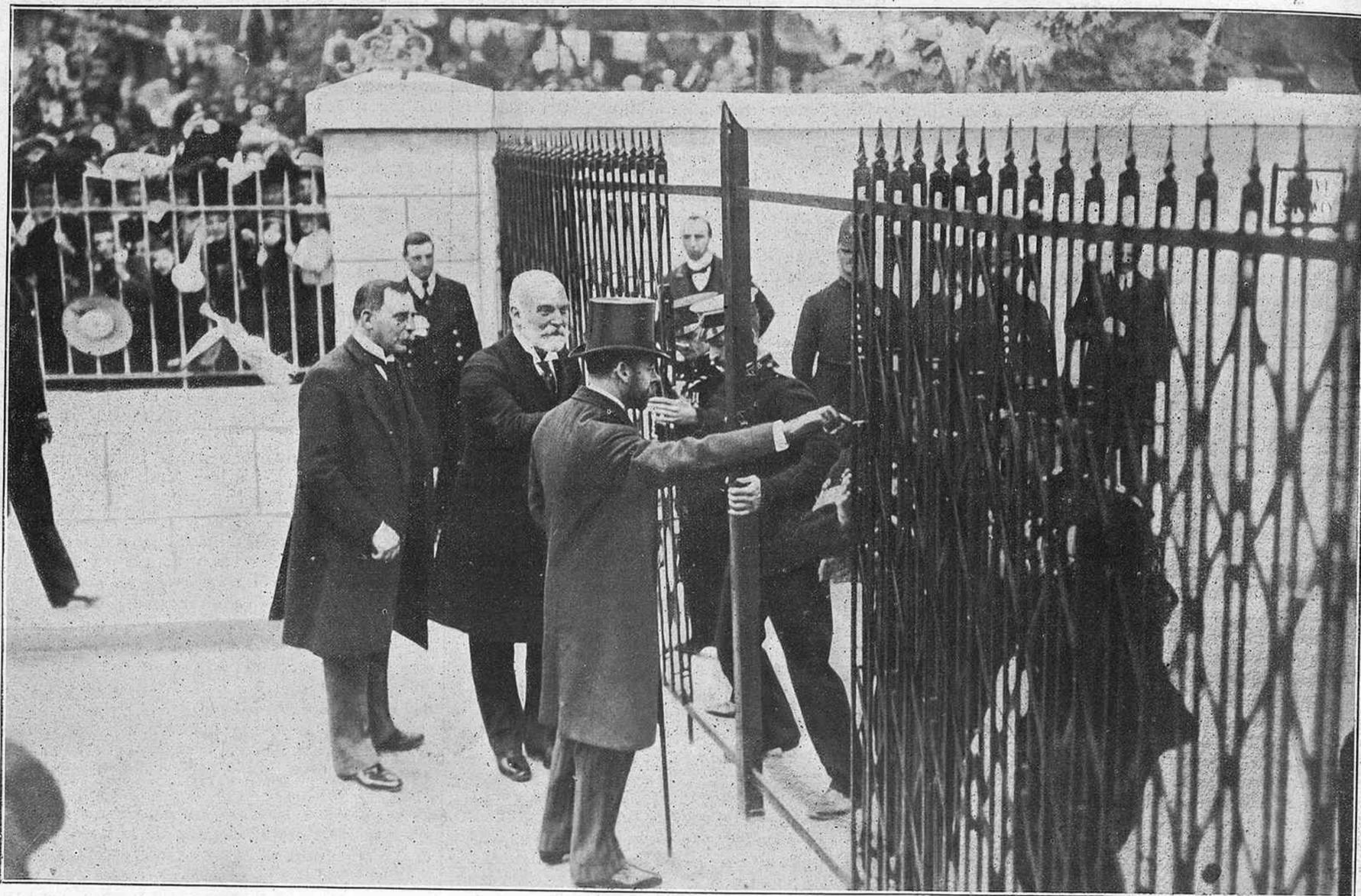
A las jóvenes, sin andarse con más ceremonias, les
hicieron montar en él, una detrás de la otra, llevan-
do las mantas colocadas á guisa de silla. Luego les
vendaron los ojos, lo mismo que á Mauricio, y co-
menzaron la bajada, demostrando los bandidos su
habitual aversión á los terrenos llanos y blandos, lle-
vando al caballo por los sitios más pedregosos, lo
cual podría ser propio de una muy hábil estrategia,
pero que era muy molesto para las que lo montaban.
Pararon en firme el caballo, recibiendo ellas una sa-
cudida, y oyeron que alguien hablaba con gran calor
al jefe. Mauricio se les acercó cautelosamente.

—Es el bandolero que mandaron volver atrás,
dijo. Siguió á los soldados que se retiraban hasta que
llegaron cerca del pueblo y se encontraron con la
fuerza que acababa de salir de él, en esta dirección,
conducida por Wylie, quien, como ustedes ven, se
proponía explorar todo el terreno, y si los centinelas
que estaban en las alturas no hubieran abandonado
sus puestos, los dos destacamentos hubieran induda-
blemente cogido á los bandidos entre dos fuegos.
Por supuesto, para nosotros personalmente, mejor ha
sido que no haya sucedido así.

Milosch acercóse y ordenó á Irene y á Zoe que se
desmontasen. Seguidas de Mauricio, las condujeron,
dando intrincadas vueltas y subiendo y bajando es-
caleras dentro de una torre, por un corral, un grane-
ro y una cocina, á juzgar por los distintos olores que
fueron percibiendo, hasta que se quedaron sin poder
de ningún modo atinar la dirección que habían traí-
do. Empujáronlas por una puerta baja, y de pronto
les quitaron las vendas de los ojos. Estaban á obs-
curas, pero por el hedor comprendieron que aquello
era un establo.

(Se continuará.)

LONDRES.—NUEVO TUNEL SUBFLUVIAL DE ROTHERHITLE EN EL TAMESIS



S. A. R. el príncipe de Gales en el acto de abrir con una llave de oro la verja de entrada al túnel de Rotherhitle

(De fotografía de World's Graphic Press.)

Todas las grandes capitales hacen esfuerzos titánicos para facilitar los medios de circulación á sus habitantes. En Londres acaba de inaugurarse un colosal túnel bajo el Támesis que facilita la comunicación con los barrios populares del Este de la capital, sin interrumpir la circulación de los buques y sin necesidad de haber tenido que acudir á medios costosos é imperfectos, tales como los puentes giratorios ó elevables. A la inauguración de este túnel subfluvial, que se efectuó en los primeros días del presente junio, asistieron SS. AA. RR. el príncipe y la princesa de Gales, el primero de los cuales abrió con una llave de oro, y en esto consistió la solemnidad inaugural, la verja colocada á la entrada.

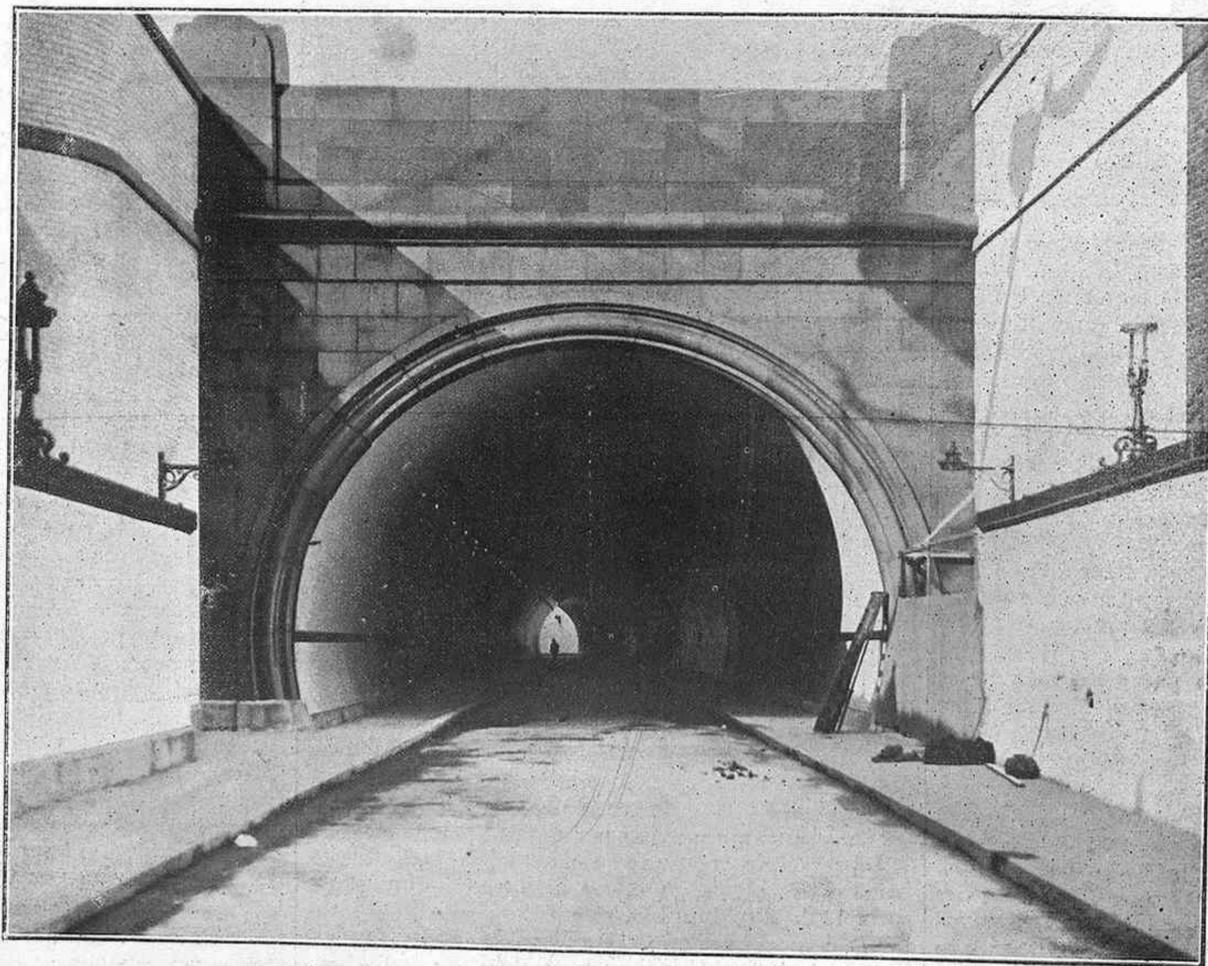
El túnel de Rotherhitle es, indudablemente, el más importante que se haya construído hasta el presente bajo la superficie de un río. Su bóveda, en el punto central, sólo está á siete pies bajo el lecho del Támesis, y como las filtraciones caben en lo posible y, por lo mismo, una inundación, se han colocado bombas movidas eléctricamente para hacer que el agua refluya, á la primera señal de

alarma, y las cuales son también utilizadas para la limpieza cotidiana.

La longitud del túnel subfluvial de que tratamos es aproximadamente de dos kilómetros. El diámetro es de diez metros al exterior y de nueve en el inte-

rior. La armazón es de hierro. El piso tiene cinco metros de ancho, y á cada lado se han construído aceras de 1'30 metro cada una para los transeuntes. Dos pendientes de poco declive ponen en comunicación el túnel con las calles de cada lado. Para evitar accidentes posibles á los vehículos cargados en pila ó rímero, se ha colocado á la entrada del túnel un aparato avisador en el que se indica á los conductores el máximo de elevación que puede admitir el túnel. En fin, ningún detalle se ha omitido para que la comodidad del tráfico y la seguridad de los peatones fuesen perfectas, á lo que contribuye no poco la iluminación, que se hace por medio de seiscientas lámparas eléctricas de 32 bujías cada una.

Esta importantísima obra, que así reúne, en breves momentos y por debajo del lecho, dos puntos de las riberas del río Támesis en que el movimiento á pie y rodado es extraordinario, ha costado á la casa constructora, «London County Council,» la módica suma de dos millones de libras esterlinas, ó sea, aproximadamente, unos cincuenta millones de pesetas.—C.



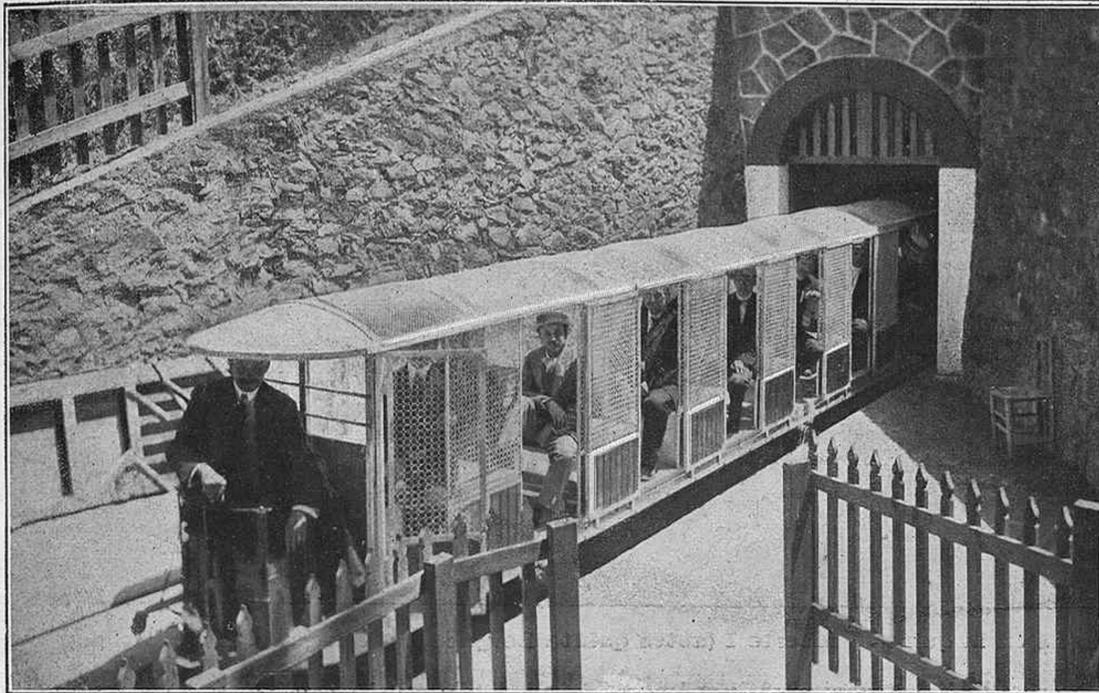
Vista de la entrada al túnel subfluvial de Rotherhitle
(De fotografía de World's Graphic Press.)

VALLVIDRERA (BARCELONA). - MINA-GROTT

Uno de los sitios más amenos de Vallvidrera, en la vertiente opuesta de la pintoresca sierra que rodea como un cinturón á Barcelona, es el conocido por «el Pantano,» por recogerse en él las aguas de que se surte especialmente Sarriá. La hermosura del paisaje que circuye al tranquilo depósito, y el gran número de fuentes saludables que encuentra el excursionista en cada recodo de aquella hondonada agreste, han hecho de aquel sitio uno de los predilectos de los aficionados á respirar aire puro y á beber cristalina agua. La excursión allí, que antiguamente se hacía en caballería por el atajo, ó, con antorchas, por la mina de 1.500 metros que atraviesa la sierra de parte á parte, se ha hecho recientemente sumamente cómoda y excesivamente rápida, merced al metropolitano en miniatura allí instalado. El coche eléctrico que se emplea para el recorrido es exteriormente de tela metálica, y en su interior caben cómodamente sentadas 32 personas en diez y seis asientos, ó sea dos personas en cada uno. Inútil es decir que reúne todas las condiciones de seguridad. Alumbrada espléndidamente por dos potentes reflectores de acetileno, la vagoneta penetra en la mina que atraviesa de parte á parte la montaña por su interior, y que está iluminada por 80 bombillas eléctricas de



Vallvidrera. - Atajo escalonado que conduce á la entrada de «Mina-Grott»



Vallvidrera. - Vagoneta eléctrica, capaz para 32 personas, que se utiliza para el recorrido de «Mina-Grott»

variados colores que le dan un aspecto fantástico. Emplea en el trayecto (1.500 metros) de 5 á 6 minutos, transcurridos los cuales, y respirando una temperatura fresca agradabilísima, se encuentra el pasajero cómodamente trasladado al pie mismo del Pantano, en medio del pinar, cerca de la típica iglesia románica y de las ricas fuentes de la «Gana,» de la «Teula,» de la «Manigua,» de «Mas Gimbau,» de «Llavallol,» etc., etcétera, que tanto aliciente tienen para jiras campestres, é inmediato á un hotel que allí se ha construído para los que aun en el campo son amantes de la comodidad.

El metropolitano en miniatura y todas las obras necesarias para su instalación han sido realizadas según proyecto y dirección del ingeniero D. Carlos E. Montañés, y es la primera etapa del desarrollo del plan que tiene proyectado para instalar en ambas vertientes de la montaña, junto á las bocas del fantástico túnel, gran número de atractivos que lleven allí al público necesitado de oxígeno y de esparcimiento.

(Fotografías de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE

CURA **LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL **DEL ARTE**

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gliptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes sueltas, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIRLAS CUALESquieras

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Vicios de la Sangre, Herpès, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Paris

146

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Roma.—Clausura de las fiestas deportivas celebradas en la quinta Umberto I (antes quinta Borghese). (De fotografía de Carlos Trampus.)

Las fiestas deportivas celebradas en los hermosos jardines de la quinta Umberto I, antes quinta Borghese, de Roma, con asistencia de los soberanos italianos, que pocos días antes (el 23 de mayo) habían también concurrido allí para inaugurar el magnífico palacio en donde se ha instalado el Instituto Internacional de Agricultura, fiestas á las que han asistido representantes de las principales asociaciones gimnásticas

italianas, y en las que SS. MM. distribuyeron los premios, teniendo palabras de encomio para los vencedores, han tenido digno remate el día 2 de junio con el desfile ante SS. MM. de los aficionados que en ellas han tomado parte, y de la grandiosidad del cual da perfecta idea, mejor que pudieran hacerlo nuestras palabras, el grabado que encabeza estas líneas.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
*Exíjanse el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".*

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.